

CAPÍTULO LXXIII SEGUNDA PARTE

De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte (Español de Cervantes)

NARRADOR: Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

DON QUIJOTE: Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

DON QUIJOTE: —Los de hasta aquí —replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y, así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano.

NARRADOR: Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo.

CURA—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

SANCHO—iAy! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

NARRADOR: En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

CAPÍTULO LXXIIII SEGUNDA PARTE

De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte (Español de Andrés Trapiello)

NARRADOR: Como las cosas humanas no son eternas, y van siempre en declive desde sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tenía privilegio del cielo para detenerlo, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba. Porque bien por la melancolía que le causaba el verse vencido, bien por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que lo tuvo seis días en la cama, en los que lo visitaron muchas veces el cura, el bachiller y el barbero, sus amigos, y sin que apartara de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

DON QUIJOTE: Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría prepararla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala como para dejar fama de loco; que, aunque lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco, y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

NARRADOR: Se miraron unos a otros, admirados de las palabras de don Quijote, y, aunque dudando, le quisieron creer. Y una de las señales por donde conjeturaron que se moriría, fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras muchas también dichas, tan cristianas y con tanto acierto, que les vinieron a quitar del todo la duda, y a convencer, de que estaba cuerdo.

CURA —Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; ya podemos entrar para que haga su testamento.

SANCHO: —¡Ay! respondió Sancho—. No se muera vuestra merced, señor mío, y tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie lo mate ni lo acaben otras manos que las de la melancolía. Mire no sea perezoso y levántese de la cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá encontremos tras alguna mata a la señora Dulcinea desencantada, que será cosa de ver. Y si es que se muere de pesar por verse vencido, écheme la culpa a mí, diciendo que lo derribaron por haber cinchado yo mal a Rocinante, que ya vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías que es cosa corriente derribarse los caballeros unos a otros, y el que hoy es vencido, es vencedor mañana.

NARRADOR: Finalmente, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominando con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías, llegó el final de don Quijote. Se hallaba presente el escribano, y dijo que ningún libro de caballerías había leído nunca que ningún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y cristiano como don Quijote, quien, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, entregó su espíritu, quiero decir que se murió.

